

CRÍTICA DE LIBROS

Desarrollo y educación: la respuesta es la cultura

A propósito de MARTÍ, E. (2005). *Desarrollo, cultura y educación*. Buenos Aires: Amorrortu.

Las relaciones entre el desarrollo psicológico y la educación han sido uno de los temas de análisis clásicos tanto de quienes se interesan por cuestiones evolutivas, como de quienes se ocupan de temas educativos. Y, por supuesto, de todos aquéllos que se interesan a la vez por lo uno y por lo otro. Las respuestas más elementales a la pregunta sobre cómo se relacionan desarrollo y educación han tendido a dar preponderancia a uno u otro aspecto, resaltando sobre todo el papel organizador del desarrollo (subordinación del aprendizaje al nivel evolutivo) o el papel estructurante de la educación (el aprendizaje como interiorización de la influencia educativa). Pero es fácil imaginar que respuestas elementales difícilmente pueden dar cuenta de una problemática que encierra de hecho una gran complejidad. Por una parte, porque la dinámica interna del desarrollo dista de ser un asunto meramente interno, si por tal se entiende algo que ocurre como resultado de cambios que están promovidos o por la biología o por mecanismos psicológicos esencialmente ajenos a la experiencia. Por otra, porque las influencias educativas remiten a situaciones y realidades muy diversas, algunas de las cuales (como la mediación semiótica) están en la esencia de muy importantes cambios evolutivos.

El libro de E. Martí *Desarrollo, cultura y educación* elabora una nada elemental respuesta a la pregunta sobre las relaciones entre desarrollo y educación. En ella confluyen algunas de las más ricas líneas de trabajo de la psicología del desarrollo de las últimas décadas. Por supuesto, los inevitables Piaget y Vigotsky, así como los desarrollos posteriores llevados a cabo por autores que se han situado en la estela de sus respectivas propuestas. Está también la psicología cognitiva, particularmente la de los autores que se han ocupado de cuestiones evolutivas. Está la psicología de la educación, que ha analizado tanto los distintos tipos de aprendizaje, como los mecanismos de interacción educativa. Está la psicología de orientación ecológica, con sus propuestas sobre los distintos niveles de influencia contextual. También la psicología cultural y las conexiones entre cultura y psicología. De todas estas influencias Martí toma datos y elementos de reflexión que proceden no sólo de lo que genéricamente podríamos denominar literatura internacional, sino también de aportaciones que se han generado en trabajos realizados por colegas de nuestro entorno universitario.

Una de las más interesantes aportaciones del libro es el análisis de dicotomías o disyuntivas que lo atraviesan: lo interno-lo externo, lo individual-lo social, cambios espontáneos-cambios mediados, cambios explícitos-cambios implícitos, cambios generales-cambios específicos, desarrollo en contexto-contextos de desarrollo, educación

formal-educación informal... Expuestas en una secuencia que las hace máximamente pertinentes y comprensibles, en el análisis de esas dicotomías se encuentra buena parte de lo más rico de las contribuciones de Martí, que va desplegando una argumentación crecientemente compleja recurriendo a las aportaciones de las diversas corrientes de pensamiento psicológico de que se nutre el libro, tanto en su primera parte, dedicada al análisis de la relación entre los cambios evolutivos y los educativos, como en la segunda, en la que aparece la cultura como clave para resolver el dilema de las relaciones entre desarrollo y educación.

Porque, en efecto, la solución que en el libro se propone al problema de esas relaciones no está en ninguno de los dos polos de las disyuntivas que analiza. Tampoco en ninguna de las corrientes de pensamiento que alimentan el análisis. Por una parte, porque la cultura aparece como elemento clave para la comprensión y la solución de los dilemas al sacar el debate del ámbito estrictamente intrapsicológico e individual y situarlo en el contexto de las prácticas y las relaciones sociales y culturales. Por otro lado, porque las distintas corrientes de pensamiento analizadas acaban resultando más complementarias que opuestas, cada una de las cuales centrada en alguno de los aspectos esenciales del problema, pero incapaz de responder ella sola a su complejidad. Y éste es otro indudable mérito de esta monografía: la de superar las limitaciones de visiones parciales, pero a la vez mostrando que cada una de ellas hace contribuciones significativas sin las cuales la solución del problema probablemente se escaparía.

Lo que finalmente ilumina las relaciones entre desarrollo y educación es la consideración de ambos dentro de una constelación en la que la cultura juega un papel esencial, pues la educación aparece como el eslabón fundamental en la relación entre desarrollo y cultura, como puente que permite su comunicación y unión. Y si la lógica interna del desarrollo que Martí describe tiene evidentes resonancias piagetianas (el desarrollo como sucesión de cambios cualitativos, organizados e irreversibles; tendencia hacia un equilibrio creciente, más complejo y flexible, en las relaciones con el medio), no cabe duda de que su argumentación va mucho más allá de esas fronteras, adentrándose en una dialéctica en la que el desarrollo genera cultura y la cultura, a través de la educación, genera desarrollo.

En *Desarrollo, cultura y educación* Eduard Martí deja las trazas de un maduro estudioso del desarrollo humano capaz de moverse cómodamente en las fronteras que interconectan los tres ámbitos de que se ocupa. Un libro elegante en su escritura y en su argumentación. Un texto alejado de lugares comunes y de citas manidas. Un análisis y unas propuestas que, teniendo mucho de personal, remiten a la vez a algunos de los consensos que parecen haberse ido decantando en las últimas décadas en la investigación sobre desarrollo psicológico. Es, al mismo tiempo, un libro de autor –y, en ese sentido, un ensayo–, y una obra didáctica en la que la mucha información está expuesta de manera que, sin perder un ápice de rigor, resulta claramente comprensible al estar al servicio de una argumentación que se va desplegando refinada una página tras otra. Una valiosa contribución a la mejor comprensión de las complejas relaciones entre el desarrollo y la educación gracias a la aparición en escena de la cultura, que ayuda a superar las dicotomías tan maestramente expuestas y analizadas a lo largo del libro.

Jesús Palacios
Universidad de Sevilla